

Pío Baroja a punto de ser asesinado por unos requetés carlistas

"La Voz", en su número del 1º de agosto de 1936, publica las siguientes declaraciones del famoso novelista Pío Baroja, hechas en Hendaya:

"Pasaba el verano tranquilamente, como todos los años, en mi casa de Vera. El miércoles me dijo un amigo: "A usted que le gustan estas cosas de la estrategia se le presenta una buena ocasión para ver si toman o no los carlistas los montes de Santisteban, de los que usted ha dicho alguna vez que eran de difícil escalo. Los carlistas van a intentar apoderarse de ellos para obtener el paso a Guipúzcoa, que les está cerrado". A mí me agradaba la coyuntura de ver eso. Uno ya es viejo y, francamente, no creía ser testigo de una nueva guerra civil abierta como ésta. A mí, que he pasado gran parte de mi vida escribiendo las correrías de los hombres de acción por estas tierras, me interesaba la aventura, y fui en el coche de un amigo.

"Ahora bien: aquí empezaron las dificultades y las barbaridades. Los carlistas tenían tomado todo aquello con el mismo espíritu de siempre. Se mantenían con el mismo furor con que los he dibujado a lo largo de mis libros. Al llegar a la plazuela de un pueblo nos vimos rodeados por las boinas rojas. Era curioso el sentido decorativo de aquel nuevo ejército. Había tipos que eran perfectos inquisidores. Siempre recordaré a un viejo de cana cabeza y nariz afilada que tenía los signos exteriores de un inquisidor mayor. Miraba atentamente las idas y venidas de aquellas gentes, cuando se acercó a nuestro "auto" una especie de teniente coronel, que preguntó: "¿Va en este coche Pío Baroja?" "Sí; yo soy".

Pronto nos rodearon los carlistas, y el jefe les largó un discurso, diciéndoles poco más o menos: "Ahí tenéis a ese viejo miserable, a Pío Baroja, que se ha pasado la vida escarneciendo a Dios y a la religión. Merecería la muerte por miserable". Salieron voces gritando que me mataran. Uno ya es viejo y poco le importa la vida que le resta. Las gallardías, a nuestros años, son fáciles, y me mantuve firme ante tal provocación. Nos aprisionaron a todos. Francamente no veía la salida a todo aquello, pues no creía que nos soltaran así como así. Fuimos hasta la prisión del pueblo insultados y vejados.

"Por mi suerte, otro jefe que llegó, más sutil y advertido, nos puso en la carretera, diciéndonos que huyéramos de allí. Habíamos pasado una noche de angustia. Yo, más que por mí, por los que me acompañaban, quienes por afecto se habían metido en esta aventura.

"Al día siguiente decidí salir de España. No me fié más que al azar, pues los planes muy preparados siempre suelen fallar por donde menos se piensa. Me eché a andar por la carretera. A poco me tropecé con un "auto". Lo detuve y pregunté si querían llevarme a determinado lugar de la frontera. Aceptó. Pero cuando nos acercábamos a un puente surgió un carabinero y el "auto" fué sometido a cateo. "¿A dónde van ustedes?"

Les dimos nuestras excusas y yo le dije que iba cerca del río. El carabinero repuso: "No; usted es Pío Baroja y va para Francia. Me parece muy bien, don Pío, que se vaya cuanto antes. No están los tiempos para caer en manos de esta gente de por acá". Y me facilitó el paso, haciendo la señal de la santa cruz".

No debemos asustarnos de lo que suceda en España, una vez vencida la rebelión de los militares sublevados. Ni debemos, tampoco, obstaculizar los impulsos del pueblo victorioso. Mucho dolor y mucha sangre ha costado el ataque criminal de las derechas, para que alguien pueda imaginarse que todo seguirá como estaba el 18 de julio.

La nueva organización social de la República; el abatimiento económico de la reacción, la más cruel y la más cerril de Europa; lo que venga, en todo caso, será siempre menos inhumano que lo que hemos tenido: taconeo insolente de botas militares y humillación y miseria de las grandes masas trabajadoras.

LUIS COMPANYS,

Presidente de la Generalidad de Cataluña.